



José Martí, el crecimiento del espíritu

Por Graziella Pogolotti

[Número 05, 2015](#)

Este es uno de esos lugares que uno necesita haber pisado alguna vez en la vida, porque no es lo mismo las experiencias referidas que las experiencias vividas, concretas. “Dicha grande” anota Martí en su diario en el momento de desembarcar y el hombre que está llegando a Cuba en aquel momento, es el que yo quisiera que todos nosotros volviéramos a encontrar en este instante, al margen de la retórica, de los discursos, en un momento de meditación. Martí fue sin dudas un gigante, pero también fue un hombre semejante a todos nosotros, frágil y vulnerable y eso es lo que se evidencia en los dos diarios que va llenando, primero en su recorrido por La Española y luego en su trayecto desde Playitas hasta la víspera de Dos Ríos. En la excelente edición publicada por la Editora Abril podemos contar con el texto de los dos diarios y con un conjunto de anexos que se pueden ir leyendo horizontalmente, llevando junto con Martí el transcurso de los días hasta la víspera de aquel su momento final. Los apuntes íntimos acompañan cartas, órdenes militares, el Manifiesto de Montecristi. En todos ellos se reconoce el hombre que en la probable víspera de su muerte, percibe la intensidad del tiempo que se le escapa, la necesidad de aprovechar cada minuto. En ese conjunto crece el fundador, el hombre, el poeta.

Martí llegó a este sitio agreste después de atravesar la mar gruesa . Era uno de los seis remeros en precaria embarcación. Frágil en lo físico, era un intelectual no entrenado a las duras faenas, marcado en el cuerpo y en el alma por su experiencia como preso político en las canteras, recuerdo imborrable preservado en el anillo de hierro que conservó siempre. Cinco días más tarde, cuando le escribe a Carmen Mantilla, las ampollas del remo no han curado todavía. Al desembarcar en Cuba emprende camino, como también le cuenta a ella, cargado con su fusil, su machete, su revolver, su caja de balas, su mochila, donde había todo lo necesario para la subsistencia, para curar, el yodo milagroso que le aplica a los primeros heridos a los cuales tiene que atender, y donde lleva también los libros, los papeles que nunca le abandonaron así como un tubo con los mapas de la región. Trato de imaginar a aquel hombre cargado de todo ese peso muerto, esfuerzo al que no está acostumbrado pues no era un hombre de campo como Máximo Gómez, no tenía la fortaleza de un atleta como Antonio Maceo y sin embargo, en ese trajinar doloroso por la patria, siente una enorme felicidad. Los papeles de Martí nos invitan a pensar no solo sobre el hombre, sobre la condición humana, sino también sobre esa noción tan importante que es el concepto de felicidad.

Hambriento de afecto, mientras ultima los preparativos de la guerra, vigila la crianza de los hijos de Carmen Mantilla. Proyecta para María una escuelita, a fin de que ella, mujer, pueda hacerse un porvenir independiente para escoger a su compañero, libre de sujeciones económicas. Hombre práctico, le indica cuanto podía cobrar por las clases, donde y como situar el aula, cómo ganar alumnos, cómo y qué enseñar. El humanista profundo la induce a interesarse por las ciencias, por la geografía y por el movimiento de los astros, porque hay que saber primero el lugar que ocupamos en el mundo para acercarnos luego a los demás. Con ejemplos de maestro, le enseña a traducir respetando el espíritu de la lengua. La está formando en lo intelectual, en lo ético y en lo humano.

Pero la acción fundamental de Martí en el tránsito de Montecristi a Dos Ríos es la del político organizador de la revolución de Cuba. En el presente de la guerra está diseñado el futuro de la nación. La república habrá de fundarse en medio de la guerra juntando, como lo había hecho siempre, la voluntad de los hombres con piedad y ternura. La piedad es pasión compartida, vía para el conocimiento profundo de los demás. La ternura es puente para la cercanía. No deberá agredirse al español que ha venido como quinto a combatir en Cuba, ni al que convive con nosotros sin ser cómplice del enemigo. Tampoco habrá de agredirse al cubano tímido no comprometido en la guerra que, sin embargo, algún día podrá ser uno de los nuestros. Piedad y ternura también están hechas de disciplina y de rigor. Sin dejar de conmoverse, Martí participa en el enjuiciamiento y castigo de los traidores, de los delincuentes, de los que violan con su conducta los principios de la revolución. Ante el fusilamiento de los culpables, observa al que conserva la entereza y al cobarde que se derrumba. Piedad y ternura implican un esencial sentido de justicia. Impaciente, apremia a los jefes militares para lograr una guerra rápida, poco costosa en sangre humana y en recursos materiales capaz de impedir a tiempo la intervención de terceros.

Esa impaciencia anima la correspondencia y el diálogo con Antonio Maceo. Excepcionalmente imperativo, le exige que salga de Costa Rica de cualquier modo, aunque sea en una cáscara, consciente de que la presencia del Titán es imprescindible. Administrador cuidadoso de los centavos de la revolución, Martí acaba por encargar la misión a Flor Crombet. A pesar de su renuencia, Maceo se somete.

Lúcido, preciso, eficaz, Martí sabe que su destino es incierto. Podrá morir en la guerra, podrá ser despojado de sus prerrogativas, condenado al abandono y al exilio. El escritor sigue viviendo en el alma del político. Envía a Gonzalo de Quesada su testamento literario. Evoca con nostalgia los papeles dispersos en periódicos y revistas de México, Caracas, Guatemala, Buenos Aires, Nueva York. De su poesía, escoge el *Ismaelillo*, luego los *Versos Sencillos* y finalmente algunos de sus *Versos Libres*. Lo demás, para él es desechable. Organiza su obra en prosa, mucho más extensa, según lineamientos temáticos. Destaca en las escenas norteamericanas algunas de las que nos siguen pareciendo magistrales. Agrupa por separado los temas hispanoamericanos y cubanos. Subraya, entre otras, sus crónicas sobre los pintores impresionistas, todavía tan actual.

Los dos diarios, el de Montecristi a Cabo Haitiano y el de Playitas a Dos Ríos, siguen una rigurosa secuencia cronológica. El escritor, llegado a la plenitud de su proyecto vital, capta el instante escurrizado, mientras inventa una prosa que escapa a las coordenadas de su época. Hay, sin embargo, diferencias sustanciales entre ambos.

Quien escribe el primero es el hombre perseguido, acosado por enemigos visibles e invisibles, devorado por la impaciencia de las vísperas, obligado a tejer una sutil telaraña de conspiradores. Cuando logra emprender viaje y escapar a la vigilancia de los españoles, lo seguirán en el mar navíos británicos, aliados de las autoridades de la metrópoli. Convertirse al cabo en uno de los seis remeros, a pesar de la áspera circunstancia, constituye un acto liberador. Marca la tónica del segundo diario.

El primer diario es obra de la cautela. Hay una zona de silencio en los días en que Martí se entrega a la elaboración del Manifiesto de Montecristi. A lo largo de todo el diario se ocultan los nombres, las referencias precisas, el objetivo de ese andar de un lugar a otro. El que va dejando esas notas es un José Martí que siente en el paisaje natural y humano que va descubriendo en La Española la aproximación a su destino final, a su destino último y descubre con regocijo la exuberancia del trópico, de una vegetación olvidada desde hace mucho tiempo, se detiene en ella, se detiene también en los hombres, las mujeres, los niños, que va encontrando a lo largo del camino. En el penúltimo eslabón de un interminable peregrinar y de un intenso aprendizaje, Martí salta por encima de las barreras del tiempo, no sólo en la escritura, sino también en el modo de mirar. De una manera absolutamente deslumbrante el Martí que está contemplando el paisaje humano en el trayecto entre Montecristi y Dos Ríos tiene ya la mirada de lo que mucho después llamaríamos un antropólogo, en su manera de describir a los personajes que va conociendo. En apuntes absolutamente sintéticos, en los cuáles nos da los elementos sustantivos del entorno humano: condiciones de la vivienda, útiles del trabajo, modos de comer, modos de vestir con una reiteración casi obsesiva se detienen en los pies, desnudos o calzados, en el carácter de los zapatos y las medias, porque en ese entorno rural revelan las condiciones económicas y de vida, el vínculo entre cultura material y espiritual. Rescata también los elementos del habla, los dominicanos tan cercanos a nosotros y los haitianos, observados con una clarividencia extraordinaria. Buen conocedor del francés, advierte en los haitianos, en sus palabras, en sus gestos, en su conducta, en su modo de vivir, la fractura apenas delineada entre dos culturas - empleando el término como hoy lo hacemos- la que viene de adentro, del fondo de sus raíces y que tiene que ver con las creencias ancestrales de la gente, con las costumbres del campesino viejo y la cultura otra, la seudo cultura aprendida del modelo europeo, que desdeña la tradicional, que trata de hacerse muy letrada, pero que para Martí, no lo es tanto. Sin emplear calificativos, mediante la descripción desnuda, ofrece los elementos de un mosaico que podemos recomponer como antecedente de una historia cultural que nadie en su tiempo fue capaz de intuir. Su mirada está construida sobre muchísimas lecturas, no solamente de literatura, de poesía, de arte, sino también de economía, de historia, traspasa el saber de su tiempo y atraviesa los años transcurridos y lo convierte en fundador de un nuevo saber, de un saber para nosotros.

Las dos partes del diario tienen un sustrato común que es el peregrinar hacia el destino de hacer la patria. La bisagra que marca la separación entre ambos está en el tránsito entre su despedida de Cabo Haitiano y su llegada a esta “dicha grande”, aludida sintéticamente en su “Lola jolongo llorando en el balcón”, casi un verso que tiene una referencia a la inmediatez circunstancial, a la despedida de una familia amiga, y sin embargo rompe con todas las convenciones literarias de su época, con la sintaxis, con la musicalidad modernista para traspasar la jitanfáfora vanguardista y para darnos en la melodía de esa frase la doble naturaleza de ese instante, la alegría retumbante del ritmo y el contraste entre la percusión y la carga semántica de las palabras. Ese salto a través de los tiempos literarios también alimenta el segundo y último diario de José Martí. Contiene el fervor del redescubrimiento de la isla y la germinación exaltada del imaginario de la patria. José Martí ya no es un clandestino. Anda a cara descubierta en medio del campo de batalla. Puede mencionar nombres, señalar lugares precisos, contar anécdotas, dejar el testimonio del acontecer de cada día, de esa cotidianeidad que rara vez se recoge en los libros de historia. En esa guerra otra, se conocen los hombres. Como sucede en toda aventura humana y en todo ejercicio de la escritura, profundiza el descubrimiento de sí, con las cicatrices que se advierten subrepticamente a lo largo del texto. Dijo alguna vez que el crucificado murió en un solo día, en cambio, su propia crucifixión había durado mucho tiempo. En este último diario se revela, en primer plano, la exuberancia de la naturaleza, a veces agreste, de montes y colinas, de aguas transparentes y árboles recién nombrados. El camino se hace bajo la lluvia, en temporada de agua, con algunas cobijas de goma o con la ropa empapada sobre el cuerpo desnudo. La naturaleza acoge, alimenta y entorpece el camino. En ella, el paisaje humano muestra sus múltiples y contradictorios componentes. Está hecho del campesino hospitalario que comparte su comida, está hecho del soldado y del oficial de la Guerra Vieja con los prejuicios y los recuerdos de entonces. Son los prejuicios que han acompañado a José Martí durante toda su brega, hechos de desconfianza respecto al intelectual que no estuvo en la Guerra grande, el que envuelve a los hombres con el encantamiento de su palabra. Martí ha cargado siempre con la pesadumbre de esos pequeños celos y es hombre frágil y vulnerable. Cuando los jefes militares, encabezados por Máximo Gómez, se apartan, Martí piensa angustiado que lo han rechazado. Su felicidad es inmensa al saber que por acuerdo de los representantes del ejército Libertador lo han nombrado Mayor General. Era la cura de muchas heridas acumuladas en el esfuerzo por juntar hombres. Esa verdad profunda y dolorosa se adivina entre las andanzas cotidianas del comer y el vestir, de los pequeños combates guerrilleros, donde se producen muertos y heridos, donde mana la sangre y Martí se estrena como curandero, con lo poco que sabe y lo poco que trae. En las noches de campamento van y vienen los recuerdos de la Guerra Grande, las anécdotas de los viejos, el encuentro personal y directo de José Martí con los héroes de aquella gesta, con José Maceo, con la evocación de la madre de los Moncada. Todo lo anota como disfrute y reconquista de un saber, de una herencia que ahora, al compartir los rigores de la vida, le pertenece íntegramente por primera vez. Sensible y vulnerable, percibe el afecto de los hombres que le rodean en el gesto sencillo de Máximo Gómez al tenderle la hamaca, en el de quienes lo cubren del frío, y en de quienes lo llaman, aunque él lo rechace,

presidente. En esos pequeños detalles de la vida cotidiana, con dicha grande, Martí es otro y ha renacido.

La dicha grande es un relámpago en medio de la angustia que no cesa. Trata desesperadamente de salvar el malentendido con Antonio Maceo, arraigado en el contraste entre dos personalidades: el héroe de la Guerra Grande y el intelectual combatiente de la política, de la ideas, de la organización, de la palabra carismática. El malentendido se ha acentuado con la agria discusión de los pesos de la expedición de Costa Rica. Martí reclama el encuentro indispensable, por encima de todas las diferencias, aunque lo observe a su llegada con ojo crítico: todo vestido de holanda gris, con plata en la montura.

En esos diarios escritos para sí llega Martí a uno de los puntos más altos de su obra literaria. Su prosa se libera por completo de las inevitables contaminaciones de las corrientes literarias de su momento. El poeta y el prosista se funden. La síntesis es extrema y las imágenes, fulgurantes. Los saltos verbales desarticulan la sintaxis tradicional. Es nuestro contemporáneo porque como escritor, como político, como combatiente, como organizador, supo que fundar la república, hacer la patria era, en primer lugar formar hombres.

Entrega en esas, sus últimas páginas, una noción muy particular de la felicidad humana, concepto impalpable, perseguido por los escritores a través de los siglos. Al desembarcar en Cuba, ha llegado al momento de cristalización del sentido profundo de su vida, al encuentro de sí en la tierra que va a contribuir a liberar y a hacer. La felicidad también ilumina los pequeñísimos acontecimientos cotidianos, el disfrute de los frutos de la tierra, el sabor del habla simple de quienes le rodean y el afecto transparente de los hombres que son ahora sus compañeros de destino. Son brevísimos instantes a través de un peregrinar austero, duro, violentando la fragilidad de su cuerpo, vestido como le escribe a Carmen Mantilla, con pantalón y chaqueta azul y alpargatas sobre estos ásperos caminos. Esa felicidad está hecha del crecimiento del espíritu, como acto de plenitud y comunión que sólo podía encontrar aquí.

Conferencia en el Bosque martiano en Cajobabo. Julio de 2006

CUBARTE

www.lettresdecuba.cult.cu
lettresdecuba@cubarte.cult.cu
Facebook : Lettres de Cuba
Twitter : @rlettresdecuba